

— Mas yo, por lo contrario, yo quiero ser tu esposo. El principado ejercido por mí en Roma pide que los demás sean siervos; pero que yo sea libre. Y si carezco de la rudimentaria facultad ejercida por el último romano, del albedrío para elegir la esposa preferida por mi amor, ¿dónde se halla, dónde, mi libertad? Yo quiero vivir contigo y á tu lado. Yo no pongo un grandísimo empeño en llamarme rey ó emperador de Roma; lo pongo en llamarme marido de Acté. Un matrimonio con Octavia me parece un suplicio perdurable. La estada, por lo contrario, á tu lado me parece una residencia gloriosa en los Elíseos Campos, lleno de bienaventuranza. No porflies, porque, te lo digo, dejaré mi corona, tomaré camino de Ostia, y en el puerto aquel nos embarcaremos para vivir de nuestro amor en casa y de nuestro arte fuera.

Cuando acababa el joven príncipe de pronunciar tales palabras, un esclavo comunica que el senador Vitelio quiere hablar con el príncipe Nerón para cumplir un mandato de la emperatriz Agripina. Los dos jóvenes palidecen, primero á los siniestros nombres pronunciados, y luego á la idea de que su retiro se conoce y espía.

— Deja — le dice Acté con lágrimas — este amor sin matrimonio; y abraza, obedeciendo tu destino, el matrimonio sin amor.



CAPÍTULO VII

CORONA Y YUGO

En cuarto muy próximo al de la escena precedente aguardaba Vitelio á Nerón.

— ¿Tú aquí? — preguntó éste al enviado de su madre.

— Yo aquí — respondió el embajador con arrogancia.

— ¿Cómo has conocido un escondrijo cual éste?

— Yo no soy yo, Nerón; yo soy la voz de tu madre.

— Harto lo sé.

— Por consiguiente no hay medio de que tu madre ignore las casas que frecuentas.

— Creo que sabe hasta los ensueños de mis noches y los pensamientos de mi conciencia.

— Pues no debes, conociéndola como la conoces, extrañarte de que haya sabido tu escondite y menos de que haya enviado un devoto tan fiel como yo en tu busca.

— ¿Qué quiere de mí?

— Quiere de ti una enajenación de la libertad indispensable al allegamiento de corona para tus sienes tan espléndida como la corona del sol.

— Hablando en plata: quiere que me case.

— Justo: eso quiere, que te cases.

— ¿Y no comprende cuánto me repugna Octavia?

— Si el casarte con ella fuese lo único repugnante que debieras hacer para ganarte Roma y su imperio, ya podrías darte por satisfecho.

— Pueden superarse todas las repulsiones y vencerse todas las repugnancias, menos las opuestas al amor, en que domina con absoluto dominio lo indeliberado, lo necesario, lo fatal, todo lo superior á nuestra voluntad y á nuestro deseo: créelo, Vitelio.

— Pero el amor nada tiene que ver con el matrimonio; y puedes vivir con Octavia, como vivirías con una hermana.

— Mas no basta repeler á la esposa, con quien has de vivir, y tenerla dentro del cubículo apartada de tu lado como un mueble viejo incómodo: el corazón joven ha menester del amor verdadero; y el amor verdadero lo inspira quien lo inspira, sin en ello tener parte ninguna ni sobre ello ningún dominio, no ya la voluntad más ó menos imperiosa de la madre, nuestra propia voluntad.

— Pero ¿quién te impide tratar, después de casado, á tu predilecta como la tratas hoy? No has de guardarle fidelidad, aunque quieras, en el mariposeo propio de tus cambiantes emociones y en la complexión propia de tu tornadiza voluntad.

— Uno quiere, no solamente amar, decir al mundo que ama; no solamente vivir bajo el recatado techo con el ser predilecto, vivir al aire y á la luz. Nada gusta como verse por los demás envidiado cuando se posee una hermosa mujer, y presentarla con orgullo en sociedad para que un rumor de admiración le siga y acompañe por todas partes.

— Satisfacción pueril, indigna de un príncipe como tú.

— No has amado nunca, Vitelio, si no has comprendido que á mis años el corazón desea un imperio para ponerlo al pie de la mujer amada y con la mujer amada compartirlo.

— Pero si haces cuanto ella quiere, tanto importa que sea en secreto como en público.

— Acté. ¿Qué será de Acté?

— Pues reconocerá que la quieres más cuantos mayores obstáculos encuentres á la satisfacción de tu amor. Y darálo por bien empleado el matrimonio, si resulta en multiplicación de tus favores y en provecho y prosperidad de su amor.

— Pero ¿cómo le voy á dar el corazón ahora y el Imperio mañana, dime, á otra, que no sea ella?

— Del corazón dispondrá siempre que tú así lo quieras. En cuanto al Imperio, ya es harina de otro costal.

— No lo quiero sin ella.

— ¡Calla, cuitado! Eso muy pronto se dice y se hace muy tarde.

— ¡Lo juro!

— No jures en vano.

— ¡Por Hércules, que así lo creo!

— Deja en paz á Hércules.

— No me satisfago con que sea la soberana de mi albedrío; quiero que sea la soberana de mi Roma.

— En Roma no podrías dominar con una mujer extranjera por esposa.

— ¿Lo crees así?

— Así lo creo.

— ¿Pues no abrió mi tío César el Senado á la gente gala y no ha hecho á los extranjeros mi padre Claudio ciudadanos de Roma?

— Pero no podría, no, hacerlos emperadores y césares.

— Un axioma del nuevo régimen, odioso á Lucano, del régimen imperial, es que sea señora del mundo la voluntad soberana del emperador.

— Mientras la inspire y la dirija el espíritu de las tradiciones y de las ideas romanas.

— ¡Bah!

— Y las ideas y las tradiciones romanas quieren que un emperador tenga por mujer á una patricia. Convierte los ojos á tu familia toda y asentirás á esta observación mía. Patricia la mujer de César, patricia la mujer de Augusto, patricia la mujer de Tiberio, patricia la mujer de Calígula, patricias las dos mujeres de Claudio.

— ¡Buenos ejemplos! Livia dominó al divo Augusto hasta el extremo de revolverlo contra las prendas más caras de su propio corazón y forzarle á exterminar toda su familia. Tiberio fué infeliz en su casamiento con Julia. Calígula prefería yacer con la luna en Bajas á todo amor en el matrimonio. Respecto de Claudio, ¡buena suerte le cupo al infeliz, primero con Mesalina, y buena le cabe hoy con mi madre!

— Bien. Será cuanto tú quieras; pero no puedes negar el amor desordenado que le profesa y el sacrificio inmenso que ha hecho al casarse con Claudio, únicamente para protegerte á ti hasta convertirte del hijo de un patricio medio loco y de una princesa medio desterrada en propincuo emperador.

— Pero así como ella me hizo príncipe imperial á mí, su hijo, yo quiero hacer futura emperatriz á la pobre Acté, mi amada.

— Párate á considerar que lo pensado y querido por ella era posible, mientras imposible lo pensado y querido por ti. Párate á considerar que hay madera para tallar un emperador en verdadero nieto de Germánico y no hay madera en una sierva para que pueda tallarse cosa ninguna.

— ¡Pero si descende Acté del rey de Pérgamo, que tan adicto fuera en el Oriente á Roma!

— Desengáñate, Nerón; aunque descendiese de los dioses del Olimpo, nunca la tragaría nuestra ciudad.

— No digas eso.

— Criado tú durante la proscripción de Agripina entre siervos, no sientes contra ellos las mil odiosidades experimentadas por nosotros los verdaderos latinos á su presencia no más. Tu dulce pasta y tu natural optimismo no hallan inconveniente alguno en que sancione la sociedad afectos inspirados por la Naturaleza. Pero si quieres perder toda probabilidad á la corona, pon entre las condiciones para heredarla y recogerla el casamiento con Acté. Ya puedes, infeliz, despedirte del trono para siempre.

— No me importa. Viviremos como dos tórtolas campestres. Nos ganaremos la vida como dos artistas helenos. Ella representará tragedias antiguas en el teatro y acompañaré yo los versos sublimes con mi áurea lira.

— No seas cándido. Todo eso es mera soñación de poeta. Estás en poder de tu madre y tu madre te condena sin remisión al imperio.

— Para imperar ella.

— Por mal concepto que tengas de Agripina, comprenderás cómo, necesítandote, cual tú dices, para imperar en nombre tuyo, necesita tenerte y guardarte á guisa de tesoro. Déjate querer, Nerón, déjate querer.

— Estoy enojado con mi madre.

— Lo comprendo. Estás enojado porque contraría esta pasión, la cual pudiera perderte, como si aún fueras niño y te incomodases porque te quitaban en la mesa un plato muy gustoso, preservándote de un entriporrio pronto á degenerar en una mortal indigestión.

— ¡Mire que mandarte aquí, á un recatado retiro, con esta embajada tan cruel á mí, contra mi amor! ¿Cuál arte maléfica mostró á mi buena madre tal escondite de su hijo?

— Parece imposible que no reconozcas cual un censo de tu posición y de tu fortuna el continuo espionaje.

— Ya veo que me siguen por doquier y espían. Por eso te digo que preferiría un teatro donde sólo tuviera que habérmelas con el público, á este imperio en que debo habérmelas con todos los misterios y tengo que hallarme circuído siempre de sombras.

— Mal te quiere quien te aconseja un amor así tan desvariado.

— Nadie me aconseja, sino mi corazón.

— Alguien más, Nerón, alguien más.

— ¿Quién puede ser?

— Séneca.

— ¡Oh!

— Te maravilla el descubrimiento.

— Sí: el filósofo ha dicho que necesitaba un amor así con el secreto y el recato, con que pudiese hablar mi propia conciencia en lo más íntimo de sus más calladas reflexiones.

— Mil veces te lo tengo dicho. Tu madre, como agorera, presagia lo porvenir; como maga, lee las dobles astrologías del cielo y del espíritu.

— ¡Ah!

— Y hace mal Séneca, pues nunca fuera sin Agripina admitido en Roma nuevamente y elevado á tan grande dignidad como la dirección del heredero de tanto imperio.

— Quiere mi bien y me aconseja lo justo.

— Yo creo precisamente lo contrario.

— Sabe que no puedo vivir sin amor y que no puedo sentir el amor sino mediante la sugestión de Acté.

— Si Acté fuera un amor exclusivo tuyo, lo comprendo. Pero

¡cuántos otros amores no has tenido en tu corta y experimentada vida!

— Mas ninguno ha logrado fijarme y absorberme como éste. Así puedo llamarle por ahora exclusivo. Créelo, Vitelio.

— Pues habrás de perdonarme si te digo que no creo nada en esta materia de cuanto me dices. ¿Cuál número de casas como ésta, Nerón, tendrás en Roma? ¿Con cuál número de mujeres te habrás creído tan ligado como con Acté?

— No digas eso. Las paredes oyen y podría oírlo mi amor.

— ¿Crees que no lo habrá en su perspicacia de mujer adivinado?

— No, porque le muestro una embriaguez de su amor, no tan grande á la verdad como la sentida en el profundo corazón mío; que no pueden de modo alguno sentirse dos pasiones tan intensas así en una sola vida.

— Pues, amándola de tal suerte, querrás conservarla; y queriendo conservarla, tendrás que rendirte á tu madre y pasar por cuanto tu madre quiera.

— He llegado á un extremo tal, que si Agripina lo permite, yo me voy con Acté á Rodas, y constituyo á la vista del mar griego un nido de artistas.

— No pienses tal desvarío, ni menos que pueda tu madre permitirlo.

— Quiero mi libertad, quiero mi amor.

— Comprende una cosa, la cual parece ocultarse á tu penetración, comprende que toda la fortuna de Agripina está enlazada contigo, y no puede, no, dejarte ir, aunque lo mandara Júpiter.

— Ella sólo siente ambición y yo siento amor.

— No seas loco.

— Renuncio á la herencia del trono, renuncio á la triste adopción de Claudio, renuncio á todo, abdicó de todo.

— Pero ¿crees que van á dejarte libre después de haber pasado por este palacio? ¿Crees que los espías no habrán de seguirte á Rodas y no habrán de penetrar hasta tu nido de artista? La sombra de tu grandeza, quiéraslo tú ó no lo quieras, te acompañará de seguro hasta la muerte.

— ¿Conque puedo por un suicidio quitarme la vida, y no puedo

por una consciente renuncia quitarme cosa tan secundaria en comparación de la vida como el Imperio?

— No puedes.

— Pues ¿en qué me diferencio del esclavo? Atale á él una corona, mientras á mí una cadena. El oro mío es tan pesado como el hierro suyo.

— Aconséjate de Séneca y te asegurará lo mismo, digas cuanto quieras, pues lo considero el más insistente de todos en desear tu enlace con Octavia. Un poco de reflexión basta indudablemente á comprender que no puedes renunciar á tu grandeza y que hasta en la sepulcral tierra, frío, muerto, tendrás mayor sepultura que los otros mortales. Partidario Séneca, cual yo, del matrimonio tuyo con Octavia, más partidario aún, pues apremia de continuo á la madre para que lo realices, podrá, en el conocimiento que tiene de tu naturaleza y en el deseo de concentrar la juventud sobre un solo amor, decirte que ames á la humilde Acté, pero como tu manceba, no como tu esposa, la cual será por fuerza de imperial familia y no de servil extracción.

— Diciéndome que ame, díceseme cómo debo amar. El amante no puede apartarse del objeto amado, y al unirme con él, únome como soy, con todo lo que puedo, con todo lo que tengo, con todo lo que valgo, con todo.

— Así puede hablar un ciudadano cualquiera, que dispone de sí mismo; no puede hablar quien tiene una corona como tu corona y una madre como tu madre. Puedes, Nerón, subir á dios olímpico; no puedes, no, descender á particular simple.

— Me revolveré contra mi madre.

— No digas tal cosa.

— ¿Por qué?

— Porque pronuncias tu sentencia de muerte.

— ¡Venga la muerte!

— ¡Y cuándo lo dices, ingrato, cuando tu madre lo arriesga todo alzándote al trono y persiguiendo de muerte á tus perseguidores!

— Pero lo hace por ella, únicamente por ella y para que le sirva de peana bajo los pies con cuyas plantas me huella y me oprime.

— Ten calma.

— No puedo.

— Piensa lo que hiciera tu madre por ti.
 — Lo ha deshecho todo con sus actos.
 — Jamás por mí sabrá la conversación que los dos hemos tenido.

— ¡Pues no ha de saberlo!..

— Me desconoces, Nerón; desconoces y olvidas cuantos servicios traigo prestados á tu persona y á tu causa, y me juzgas capaz de así delatarte á la cólera de Agripina.

— Pero aunque no lo cuentes, ella lo sabrá por sus espías. ¿Crees que no habrás tú sido también espiado? Aquí nadie se libra del esbirro, nadie; pues cuanto más poderoso, más seres siniestros de tal especie lleva tras de sí. Tú lo has dicho hace poco: desde la dictadura de Sila constituye la delación una piedra verdaderamente angular en la base de nuestra Roma. Y como tú lo has dicho, aquello que no sabe Agripina ó no le cuentan, ella con sus hechicerías de maga lo previene y lo prejuzga y lo preconice y lo advina. Cátate que sabrá todo esto, y que procederá en consecuencia.

— Pues ya que abres el corazón al amigo de tu madre, debo decirte que lo sabe todo, y que, no obstante saberlo, ahora cual nunca insiste con anhelo en llevarte al trono, y para llevarte al trono en unirte con Octavia, pues así podría Claudio dejar á su hija la corona, ya que ha de condenar sin remedio á su propio hijo, á su Británico.

— Hete observado ya, y lo repito, que mi madre sólo quiere su propio poder y no el mío en todo cuanto hace para conseguirme la corona.

— Pues debes aprovecharte de cuanto haga en tu bien y no molestarla con rebeldías é irreverencias, las cuales podían costarte caras. No mires á lo que pueda en ella contrariarte; mira únicamente á lo que pueda en ella favorecerte. Piensa que todo lo sabe. Hasta en el joyero de las emperatrices ha notado la falta de algunas piedras preciosas, lo cual equivale á notar la falta en el Océano de algunas arenillas, y atribúyesela en su previsión á robos tuyos para engalanar con ellas amantes, amigos, cortesanos, cómicos y bufones.

— En tal estado y con semejantes cosas confiesa, Vitelio, que se va poniendo insufrible.

— No me cuesta ningún trabajo asentir á tu opinión, y á ti tampoco debe costarte ninguno asentir en su virtud á mi propuesta definitiva.

— ¿Cuál es tu propuesta definitiva?

— Que saques de Acté la conformidad con tu boda y tomes á Octavia por mujer.

— Pero con eso repites la mismísima canción que vienes diciendo desde un principio.

— Y no tengo más remedio que repetir la canción, como tú no tienes más remedio que oirla y obedecerla.

— ¡Vitelio!

— Piensa en el bien de Acté.

— No pienso en otra cosa, ni otra cosa procuro.

— Pues no la quieres tanto como yo suponía.

— ¿Por qué?

— Porque no adviertes los graves peligros á que la expones con tu loca tenacidad en conseguir un verdadero imposible.

— ¿Peligros para mi Acté?

— Peligros para tu Acté.

— No me digas tal.

— Debo decírtelo en favor tuyo, puesto que los desconoces y por ende los desdeñas.

— ¡Oh, Júpiter!

— En la Roma imperial reina la muerte por fuerza.

— Tienes razón. ¡Cuán voraz monstruo el Imperio!

— Los que, fieles al genio romano, se mantienen de pie y continúan adictos á las constituciones republicanas viven circuidos de siniestros esbirros y mueren á manos del verdugo.

— Es verdad.

— Cada uno de nosotros, hijos de aquellos patricios, respetados en el mundo entero por haberlo dominado y dirigido merced á un principio tan alto como la libertad, tenemos que arrimarnos para vivir á cualquier facción palatina y que inscribirnos entre los siervos y los caballos de César.

— Verdad también.

— Hablas como Séneca y como Lucano, cual si estuviéramos en república perfecta.

— En verdad, aquí á solas con la conciencia nuestra todos hablamos como Séneca y como Lucano. Luego en la vida todos hacemos lo que Lucano y Séneca, resignarnos con la fatalidad y someternos al destino. Por consecuencia todos pertenecemos á un partido. Y necesitamos cuidar del partido como los navegantes del buque donde van embarcados. Pues así como en alta mar os ahogáis al faltaros el buque, perecéis en la Roma imperial si os falta el partido. Agripina constituyó uno de carácter omnipotente, venciendo á los mejores y más poderosos libertos de Claudio. Nosotros, tú y yo, pertenecemos á ese partido. Si ella sucumbe, morimos los dos con ella.

— Tienes razón.

— Ya que tu corazón, digno del corazón de Agripina, por fuerte, nada respecto de la madre te sugiera, sugiérate algo respecto de la emperatriz tu razón, que debe ser tan fría como la razón de Estado.

— Pero ¡si amo tanto á mi esclava!...

— No la quieres cuanto debieras puesto que la condenas implacable á muerte. Agripina, en el combate donde se ha enfrascado, no retrocederá. Necesita superar cuantos obstáculos puedan oponerle así los elementos como los hombres. Acté para ella es una dificultad. Pues la suprimirá. Lo mismo le da matar siervas que si matase pulgas.

— No lo repitas.

— Pues lo repito para determinarte á cumplir sus órdenes.

— Cuanto me habías dicho hace poco no determinaba ni de cerca ni de lejos mi voluntad. Pero el riesgo posible y aun probable de un daño para mi pobre Acté, obligame á recogerme y á recapacitar, dándote la razón.

— Pues ¿no habrías de dármela con que sólo reflexionaras un minuto?

— Ya tenemos bastantes enemigos en Roma; y si con esos enemigos se va mi madre, no hay salvación para la vida de mi pobre Acté, pues querrán en lo vivo herirme, y para ello herirán á mi amada, sabiendo como saben que me herirían en mitad del corazón á mí.

— Y no tiene más remedio tu madre que proceder como yo temo; no tiene más remedio, Nerón.

— Discurre con acierto.

— Deseosa de granjearte la herencia, necesita reforzar los títulos en tu pro. Para reforzar los títulos en tu pro, necesita presentarte con alguno capaz de contrastar el sentimiento de paternidad tan vivo en Claudio. Británico será el designado necesariamente al trono en las vivas preferencias de Claudio; no tiene remedio esto. En vano tu madre le ha dicho que haber nacido de unas entrañas como las de Mesalina no arguye gran cosa en pro de la paternidad suya. Claudio se emperrea en que Británico le debe la vida y el ser; por consecuencia le exige con derecho la corona. Ya sabes cómo las echa de jurisconsulto Claudio, y testará en su favor. Y tal testamento en favor de Británico equivale á una sentencia de muerte lanzada sobre Agripina y sobre ti. Por consecuencia la emperatriz no tiene más remedio que defenderse con los dientes y con las uñas de todos sus enemigos. Le va en ello, no el poder, no la libertad, no; le va la vida. Y como ser humano tiene que salvarse primero ella, y como madre tiene que salvarte después á ti mismo, y como emperatriz tiene que salvarnos sin excepción á todos sus partidarios.

— Verdad, verdad, verdad.

— Y título primero á favor tuyo, captar un testamento de Claudio; y captación segura del testamento de Claudio, casarte con Octavia. Esta es hija suya como Británico; y casada contigo puede, con iguales títulos que tu rival, aspirar á la herencia. Cuanto hemos hecho por demostrar que los hijos de Mesalina no podían ser hijos también de Claudio, ha resultado inútil de toda inutilidad. Hubiéramos desbancado á los hijos como desbancamos á la madre, de tener una persona tan sólo en favor nuestro, de tener en los dados nuestros uno que nos ganaba la partida, Narciso.

— ¡Ya lo creo, como dueño del dueño de la tierra!

— Cuando Narciso combatió á Mesalina, el emperador la dejó matar. Y así que Narciso, eternamente hostil á tu madre por las inclinaciones de tu madre al rival de aquél, á Palas, inclinóse á los hijos de Mesalina, Claudio se inclinó á ellos, necesitándose para contrastar estas inclinaciones y recabarte las ventajas obtenidas todo el poder junto con toda la destreza de tu madre.

— Seguramente.